

## Para una gestión literaria del problema de la ficción

*Fabrizio Forastelli*

Pienso un corpus: pienso un cuerpo. La pretensión de toda intervención institucional en literatura es hacer coincidir un corpus con el cuerpo de una literatura o de un conjunto de prácticas y saberes que daría vuelta la constitución de su espacio permitiéndonos pensar sus condiciones de emergencia. Delimitar el estatuto de un cuerpo pasa en todo caso por localizar las coordenadas en las que ese cuerpo -suerte de artefacto semiótico hipercodificado, es decir, de semiótica de múltiples semióticas o de múltiples niveles de semióticas- pide ser leído y lee efectivamente. Un cuerpo -y un corpus- precisan, sin embargo, de otra salvedad, de otra caución: son el espacio de una articulación que debe ser pensada en relación a su historia (la articulación a la moda parece ser la que piensa el *texto corporal*, pero la moda es también lo que viste el texto, y portanto, lo habla: quizás también hay otras, la Terapéutica, la Jurídica, la Estética), las formas del diseño y producción del Self, formas de la apropiación, de la pérdida, de la propiedad y de la subjetividad. La distribución de esas articulaciones, no su determinación, es lo que permite incorporar la historia al mecanismo del texto: suponer en cada distribución su participación en una época, en una ideología y en un juego de relaciones de hegemonía regulando la relación entre sociedad civil y estado. Es por ello que decíamos que el texto literario participa del social siempre que lo consideremos mediado por las articulaciones históricas, históricas aún doblemente, como articulación y pasaje, y es allí donde configura corpus: ligando el cuerpo a un conjunto de prácticas, de modas, que lo recubren y que varían no bajo una determinación siempre improbable, sino que están ligadas a esa improbabilidad que todo corpus literario, al menos, incluye!

El corpus de los problemas crítico literarios argentinos habita al menos desde los sesenta dos universos simultáneos: el de la filosofía y el del psicoanálisis. El corpus de los problemas literarios no podría entenderse en la actualidad sino es confrontando una generalidad y una regionalidad, es decir, una conexión de series culturales que se hace efectiva bajo ese postulado: para constituirse en problema literario las series deben pasar por la red de la textualidad filosófica y psicoanalítica, por su derecho o por su revés, afirmando su preeminencia o su exterioridad a ellas, pero siempre por ellas y su simultaneidad. Y el problema estructuralista es el postulado de ese nuevo régimen textual teórico, pero también institucional, de la literatura Argentina y, tal vez, en la Internacional Literaria.

Volvemos atrás: en el revés de la literatura, en el territorio que diseñan las operaciones de la lengua literaria y a partir del que ella misma puede ser distribuida en límites posicionales de lengua, las operaciones de la filosofía y del psicoanálisis interceptan el cuerpo de los postulados literarios. Estructuralismo: queremos decir la revista *Los libros*<sup>2</sup>, proponiendo en los sesenta modos de leer en una gestión crítica que entresaca el existencialismo y repone la escena de una especificidad (*Tel Quel*-Lacan) estructural y de una ruptura cultural y política: los límites de la enunciación de la crítica cuando se constituye menos como referencia lingüística que como problema cultural, político y literario. Pero de *Los libros* a esta parte han ocurrido demasiadas cosas como para poder redistribuir los problemas literarios en una sola línea, en una sola legitimidad o, aún, en relación a una unidad de legalidad. Quizás otro elemento: hacia fines de los sesenta, Oscar del Barco y Conrado Ceretti traducen para Siglo XXI *De la gramatología* de Jacques Derrida<sup>3</sup>, uno de los textos que mutan la dirección del estructuralismo localizando en la estructura un punto de fuga, una impresión que es política y diferencial, una “invaginación”, dirá Derrida, que recorre el mapa de la cultura occidental localizando en cada corte una reinscripción y en cada reinscripción un riesgo institucional y político. La literatura se vuelve entonces hacia la filosofía y el psicoanálisis intentando debatir en ese resto institucional un espacio para su propia gestión: los ochenta realizan en la institución literaria, y pensamos particularmente en la línea de escritura crítica de *Fin de Siglo* y de *Babel. Revista de Libros* a pesar de su heterogeneidad, esa distribución donde el psicoanálisis y la filosofía han sido ya incorporados a la memoria literaria. Si en la revista *Literal* (1973-1977) -y en su grupo de

influencia: Osvaldo Lamborghini, Germán García, Luis Guzmán, Eduardo Gruner, Oscar del Barco, etc. - el psicoanálisis constituía el elemento revulsivo y crítico a partir del cual pensar y operar una praxis sobre lo social, es ahora el revés del cuerpo moderno y revolucionario, sin que en esa reinscripción deba leerse una evolución: para pensar la teoría, la contemporaneidad teórica argentina piensa los sesenta ubicando allí el imaginario de una modernización crítica y teórica que da contra el estructuralismo. Pero si sus categorías parecen provenir de esos otros espacios institucionales, no es menos cierto que la producción de los mismos está fuertemente ligada al pensamiento sobre la literatura, puesto que es más fácil imaginar una preceptiva que localizarla luego efectivamente realizada. Queremos decir, qué sería de la teoría moderna sin Baudelaire, sin Mallarmé, sin Poe o Proust, o Borges, sin Carroll o sin Kafka, sin Gombrowicz, sin Macedonio Fernández: *sin la ficción*.

#### • *Teoría y ficción*

¿Contra qué se delimita el estatuto de la ficción? ¿Por qué preguntarse sobre el estatuto de la ficción? ¿Qué es la ficción? Por un lado sabemos que cada texto delimita particularmente una relación específica con la ficción y luego con un régimen de la ficción -que puede tener que ver con un umbral de la lengua: eso es la ficción, eso es mentira, eso es fabuloso, eso es literatura, etc.- y también con un umbral genérico institucional: el trabajo sobre el género pone en movimiento el código de una distinción que es histórica y la rearticula a una escritura que participa así en un régimen de asignaciones de ficción. La ficción no se delimita solamente en relación a categorías internas (que en todo caso no permiten observar su diferencia con otros modos discursivos o textuales: se diría que si permanecemos allí nunca podremos dar cuenta de la articulación entre género y gestión institucional), sino también a un exterior que determina que un resto del habla y de la lengua quede pegado aparentemente en el orden de la ficción sin más. La posición "enigmática" de la ficción, y de ese tipo de ficción que solemos llamar literatura, se recorta contra los *discursos teóricos*, pero, como se preguntó Jacques Derrida, ¿se resta a aquellos o es un resto, es un legado o una deuda, el lugar donde colisionan "verdad" y "mentira"<sup>4</sup>, el lugar donde la verdad se desnuda o, al revés, donde la verdad está vestida por los velos de la escritura y la operación entonces es otra, desnudar la verdad: la *aletheia*? Sea

como fuere la ficción parece ser ese lugar secreto del texto, secreto aún al mismo texto, pero que siendo la deuda/legado y el secreto, es lo que se repite una y otra vez y lo que no tiene, o quizás sí, lugar en la escritura teórica (como en Nietzsche y en Freud donde, según Derrida, la escritura no tiene género, no pertenece), ésto que es sólo razón especulativa, un calculable de la teoría y que aún la ficción misma parece decir *es mio*, puesto que una de las posibles definiciones de la ficción es la de “cálculo” o “hipótesis”<sup>5</sup>. Una y otra se excluyen y al mismo tiempo se envían -se envían mensajes, se envían una a otra, es decir, se remiten-trazando el lugar del marco y de su enmarcamiento cuando se desbordan una sobre otra, una en la otra, localizando la Ley y firmando una alianza con ella, con lo que permite representarla y olvidarla. La ficción parece ser eso que olvida siempre que ha firmado un contrato, que tiene una jurídica y hasta una institución y que su relato se engendra en la Ley, en un innombrable y en una atopía. O la ficción es lo que difiere su realización en el lugar del sentido, del género y de la lengua, un relato que funciona difiriendo su relato, no es otra su Ley y al mismo tiempo está interdicta (¿una juridicidad subversiva, una anti-ley?), arrojada de la Ley y de su economía<sup>6</sup>, arrojada también del ideal de lo real, abriéndose siempre a otra ficción, asignándose en otro relato y no volviendo atrás. Freud, dice Derrida, reconoce su genealogía en Nietzsche al pensar el principio de placer, y al mismo tiempo no quiere reconocer su deuda, no quiere firmar un contrato con el legado filosófico y debe por tanto especular en otro territorio, el psicoanálisis, postular otro contrato, abrir otra vía a otra ficción. Escribir una autobiografía.

• *Escribir en silencio*

Oscar del Barco, en “Macedonio Fernández o el milagro del ocultamiento”<sup>7</sup>, parece postular cierta circulación secreta de la autobiografía por el texto de Macedonio Fernández: en esa circulación se juegan otros nombres (Borges, Mallarmé) y ciertas posiciones enunciativas que dan, en Macedonio, con los límites históricos (es decir, con los postulados históricos de escritura) de la institución literaria. Pero allí mismo queda planteado un problema para la crítica actual en la literatura: en del Barco la literatura es susceptible de una tesis filosófica, de un préstamo menor y legítimo sin duda, pero levemente sospechoso puesto que está no del lado de la filosofía sino del lado de la literatura. Y no es,

por otro lado, que la literatura no pueda funcionar en todas las direcciones o ser reapropiada en todos los usos sino que del Barco pone a funcionar una hiancia: aquí se juega un límite de instituciones -y de instrucciones- que coloca en crisis los mismos postulados de esa distinción. La exacción no está errada: todos reconocemos el espacio difícilmente gestionable en la institución literaria para Macedonio y probablemente por ello del Barco se detiene preferentemente en su *Museo de la novela de la eterna* y aún más, en la operación del *ocultamiento*, de fundamental importancia para comprender esa línea secreta de la autobiografía en el “Libro”, en esa “inestabilidad” imposible, en esa negatividad.

Pero entonces ¿cómo y bajo qué determinaciones entra un relato en la literatura? ¿Cómo se gestiona el lugar de lo literario sino es respondiendo a este problema de jurídica, a este problema de Ley y de Justicia? La carta, el diario de viajes, el diario íntimo, la biografía: esos géneros *raros* se diría, donde la preceptiva, como señala del Barco, se problematiza y cae. Y si no hay tesis, puesto que el territorio de la ficción ha contaminado la tesis filosófica desencadenando una deriva, cómo detener esa deriva, cómo escribir esto que se desentiende del ordenamiento según el valor de la presencia que gobierna las evidencias de la experiencia y quizás de la teoría, sino es escribiendo en secreto, en silencio, en una lengua que no se oye y que sin embargo está presente, ésto que repone, al final, esa odiosa deriva, ese ocultamiento. ¿Cómo ponerle un techo, lo que es decir un nombre propio, un relato de sujeto, un límite, un enmarcamiento? La *autobiografía* parece ser lo que se representa a sí mismo y a lo enteramente otro que se deja implicar en esa representación y que se escribe en silencio, pues mi voz está ocupada en responder a las voces que rondan señalando los límites de mi observación sobre mí mismo, de mi contrato con el género cuando lo marco entre lo doméstico, familiar y funerario, y lo institucional jurídico, entre estos aspectos que no tienen correlato efectivo. El autobiográfico es el género de una repetición, cuando mi vida es el enigma que envuelve al relato con su vacancia se repite la repetición y lo que se repone es otra cosa, es otro marco, puesto que la repetición exime del relato y realiza una “puesta en abismo” en la institución<sup>8</sup>. La autobiografía cuestiona también los límites de la ficción y de la no-ficción puesto que no hay no ficción: hay teoría -y hay traducción- y hay ficción. La traducción no delimita los territorios de la ficción de los de la teoría, sino que expone los modos de un recubrimiento enunciativo sin equivalencia: una y otras lenguas se recubren pero nunca coinciden, se traza

esta operación por la cual una lengua ficcionaliza la otra transformándola en depósito de sí, la hace extraña, la hace otra en sí misma, pues la atribuye y la asigna a otros lugares, afectando a la autobiografía en tanto que le asigna un lugar fuera del relato y del género: la vida<sup>9</sup>. Este dislocamiento no da cuenta sino de un fracaso: el de traer la ficción a la Ley de la teoría, el de traer la ficción a la verdad de la teoría. Se diría que ficción y teoría están desplazadas una de otra, fuera una de otra pero traducándose esencial y solidariamente sin lograr localizar más que una Ley que es la del relato que las constituye y en el que la ficción literaria está implicada, puesto que lo que se envía a sí mismo es el relato sin nexo posible de un imaginario y de un exterior a él que se repite olvidando su origen y su alianza o recordándola en secreto sin que ésto se grabe en su memoria, sin que el contrato entre la escritura y la lectura (ese consenso que se diría fenomenológico) alcance a salvar su estatuto del “resto” o postulado al que está condenado. Ficción, dice Derrida, “Sería aquello que es margen y que destraba, desencadenamiento, despego, desligamiento, desestructuración”, aquello que habla varias lenguas y que se configura en una topología como frontera y como campo de batalla, en líneas de cortes y en líneas de sutura, en autonomía aún a sí misma, pero sin lugar en esa topología, pues al mismo tiempo que muta en relación a un exterior, las líneas de modificación la recorren internamente, su heteronomía es la de una asignación, la de una apropiación y la de un indecible en su mismo envío a sí mismo y a la “red postal” en la que está inscrita: esa es la Ley de su Ley, o la Ley en la Ley, lo que envía a una zona anterior, a un dominio mediante, “difiriente” e indiferente. La operación de lengua pasa aquí por intentar definir una legible y un escribible y las condiciones de su emergencia en la ficción y en la subjetividad de la ficción literaria, en el subjetivo del modo en que entra la ficción en la lengua: un corpus, por ello, casi siempre se limita a registrar un modo de leer y un modo de escribir en medio de una heterogeneidad y siendo el mismo una heterogeneidad irreductible. Derrida es específico en este punto, tanto cuando se refiere a Nietzsche como cuando se refiere a Freud: se trata del que se envía a sí mismo el mensaje de su propia muerte y de sobrevivir a ese mensaje, de esto que vuelve reapropiado a sí mismo (el padre muerto, el muerto; la madre viva, la vida: Nietzsche) y de lanzar un cálculo entre el envío y el recibo, en el intervalo constituir simultáneamente la diferencia, esto que es reapropiación de lo que está en juego, la muerte, y de su legado en la escena de la escritura. Delego en el otro mi envío, como trazo un ajeno en la reapropiación,

donde la muerte-la viva, ya no se oponen sino en el dominio doméstico de una economía de sí y del hogar, en una autoafección y en una redistribución (Freud distribuye según la tópica las pulsiones: primero opone pulsiones del principio del placer a las pulsiones de muerte y luego opone pulsiones del yo a las pulsiones sexuales, oposiciones que como vemos implican un deslizamiento de la teoría y de la topología: allí quedan afectadas la herencia y la deuda, el espacio doméstico y el institucional y cierto origen del relato en un corpus)<sup>10</sup>. Una ficción, un exterior a la teoría o un resto se leen precisamente en un “corpus”, en ésto que hay y no hay en un corpus y que excede lo que rastreamos, en el medio de otras ficciones, de otras diégesis, de otros corpus y cuya lógica es la que permite inscribir el revés, el desorden, dar vuelta el orden de los límites y prohíbe ordenar los cuerpos, disciplinarlos, sino que los inscribe siempre en otra lengua, en otro resto, en un ajeno que es continuamente reapropiado, recortado, traducido, comentado, editado, enseñado y vuelto a enviar al vacío. No se trata entonces de que la ficción despliegue un paralelo, una inversión o una carnavalización de la Ley en la lengua de la teoría, un anómalo que no se deja traer -ese sería el baluarte de esta guerra- a la teoría, a la tesis, o a lo real- proposiciones estas que manifiestan, en todo caso, el “desorden” en que habita actualmente la teoría y la crítica literarias locales, sino de aquello que está vaciado, en vacancia como ciencia, como mitología, como literatura y como teoría aún. Su estatuto no dependería exclusivamente de este movimiento, de su apropiación, sino de su reapropiación en la escritura y en la traducción y cuyo lugar es el lenguaje, flotar en cierta línea secreta de la lengua que no es sino provisoria e irreductible, fuera de la tesis, fuera del tiempo donde la Ley es el préstamo en la lengua (algo que tiene que ver con la metáfora o la “transferencia metafórica” como envío a ese préstamo) y que tiene un revés en la teoría, un otro que, sin embargo, encuentra sus razones en la misma Ley y en el mismo relato.

## Notas

<sup>1</sup> Existen corpus famosos: recordemos el corpus Freud, por citar alguno, o más recientemente el corpus Derrida: ese conjunto de legados que son trabajados en la medida que a la vez circunscriben un legado, una memoria, permiten redistribuir sus

operaciones fundantes y sus microscopías operacionales. Por ello uno nunca sabe si hablamos del corpus Freud, Derrida o Foucault, o del corpus de Freud, de Derrida o de Foucault. Lo sabemos, sin embargo, en la medida que efectuamos esa operación intertextual, distributiva y conmutativa del teórico en una red que articula un corpus a una cultura, al conjunto de operaciones de la cultura.

<sup>2</sup> Nos referimos principalmente a la primera gestión de *Los Libros*, al menos desde 1968 y hasta 1973, puesto que después bajo la dirección de Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano y Ricardo Piglia, el problema de la inscripción teórica de la literatura pasa a ser cubierta por la inscripción política de la praxis crítica bajo los auspicios del maoísmo. La filosofía académica argentina actual suele olvidar que los setenta configuran regionalmente una disciplinarietà que es del espacio internacional: la filosofía política. Quizás es desde esta perspectiva que la institución filosófica puede todavía, alejada de la estética y de la sociología del gusto, considerar los problemas

<sup>3</sup> Jacques Derrida, *De la Gramatología*, México, Siglo XXI, 1971. Traducción de Oscar del Barco y Conrado Ceretti.

<sup>4</sup> Al respecto ver Jacques Derrida, *La tarjeta postal. De Freud a Lacan y más allá*, México, Siglo XXI, 1986, en particular el capítulo "El cartero de la verdad". Además para los problemas de representación a los que está enviada la ficción ver *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía*, Barcelona, Paidós, 1992; también "Ante la Ley" en *La filosofía como institución*, Barcelona, Juan Granica Ed., 1984.

<sup>5</sup> Al respecto consignamos el *Diccionario de la Real Academia Española*, Madrid, Gredos, 1971, XIX<sup>o</sup> edición; y José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*, Madrid, Alianza, 1984, tomo II.

<sup>6</sup> Notablemente lo que Derrida opone aquí son los cuerpos del imperativo categórico kantiano, el eterno retorno de Nietzsche que reniega de su deuda y de su legado y el principio del placer en Freud y el modo en que puede representarse el placer fuera del principio de realidad, de la Ley y de la Ley universal, ésto que parece estar soportando la escritura y que por otro lado está escrito en el soporte de la ley, allí donde hay un límite ideal, es decir, ficciones y una economía de la ficción. La Ley en Derrida no es sino eso que en la fórmula kantiana proclama el autoengendramiento de su relato en la lengua, su propia producción, puesto que si la Ley no tiene un lugar, es atópica, como hemos visto, sí tiene un vehículo: la lengua. Al respecto "Ante la Ley" en *La filosofía como institución*, Barcelona, Juan Granica Ed., 1984.

<sup>7</sup> Oscar del Barco, "Macedonio Fernández o el milagro del ocultamiento" en *La intemperie sin fin*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1985.

<sup>8</sup> Derrida utiliza aquí la idea de "parergon" o marco para señalar que la autobiografía de Freud trabaja en la escritura de modo que "pone y depone a la vez,

en el mismo movimiento, el movimiento psicoanalítico...”, p. 56, y que es allí donde se realiza la “puesta en abismo” que se transforma en institución, previo re-enmarcarla. Al respecto también ver el desarrollo sobre “Fort/da” y la relación entre el “padre” y el “abuelito” y el principio del placer en *La tarjeta postal. De Freud a Lacan y más allá*.

<sup>9</sup>Una breve cita parece dar cuenta de esta estipulación: “En adelante el texto ‘literario’ será fruto de una escritura que ha desconstruido la novela, la filosofía y la poesía, marcando en un cuerpo en proceso lo que llamamos ‘enigma’, en cuanto no es sólo una escritura enigmática sino un enigma que trasciende la escritura hacia la vida (en este sentido Macedonio es una suerte de paradigma, como también lo es Artaud y, por supuesto, Mallarmé...” Oscar del Barco, *op. cit.*, p. 105. Pero, qué diría de esto Silvia Molloy, por ejemplo, cuando parece colocar, desde el espacio literario un revés de la otra afirmación: “La autobiografía es siempre una representación, esto es, un contar de nuevo, ya que la ‘vida’ a la cual supuestamente remite es, ya de por sí, una fabricación narrativa: la historia de mi vida no existe si no la cuento. Vida es siempre, necesariamente, relato: relato que nos contamos a nosotros mismos, como sujetos, a través de la rememoración; o relato que nos cuentan y que leemos cuando se trata de vidas ajenas. Así que decir que la autobiografía es el más referencial de los géneros -entiendo, por referencia, un remitirse sin mediación a una ‘realidad’ extratextual y a hechos concretos y verificables- es plantearse el asunto en falso. La autobiografía no remite a hechos sino a la articulación de esos hechos, almacenados en la memoria y reproducido (sic) por rememoración y verbalización...” Silvia Molloy, “El teatro de la lectura”: cuerpo y libro en Victoria Ocampo” en Juan Orbe (comp.), *Autobiografía y escritura*, Buenos Aires, Corregidor, 1994.

<sup>10</sup>Al respecto de lo que llama la deuda de Platón señala sobre el Fort/Da el movimiento de la presencia y de la ausencia: “El Fort:da es un relato. Es un recordatorio que puede solamente recordarse, fabulosamente, más acá de la memoria, del mismo modo que todo libro se ocupa de lo que regresa desde más lejos que el origen simple. Es origen es una especulación...” p. 115. Pero además, el relato pone en evidencia la articulación histórica donde *el psicoanálisis se convierte en problema para la filosofía*.